

Mártires de la Cruzada

JULIÁN CASANOVA

A la Iglesia católica le gusta recordar lo mucho que perdió y sufrió durante la guerra civil española. Como el castigo fue, en verdad, de dimensiones ingentes, devastador, nunca resulta difícil encontrar víctimas de la "barbarie roja" a las que elevar a los altares: más de 6.800 eclesiásticos, del clero secular y regular, fueron asesinados. Además, una buena parte de las iglesias, ermitas, santuarios fueron incendiados o sufrieron saqueos y profanaciones, con sus objetos de arte y culto destruidos total o parcialmente. Y tampoco se libraron de la actuación anticlerical los cementerios y lugares de enterramiento, donde abundaron la profanación de tumbas de sacerdotes y la exhumación de cadáveres y restos óseos de frailes y monjas.

El fuego purificador contra el clero y las cosas sagradas se extendió desde Cataluña hasta La Mancha, pasando por Aragón y el País Valenciano. En Cataluña, por ejemplo, cayó más de un tercio del clero pasado por las armas en la España republicana. En realidad, quemar una iglesia o matar a un eclesiástico era lo primero que se hacía tras la derrota de la sublevación en muchos pueblos y ciudades. Ni que decir tiene que al clero se le asesinó sin pasar por los tribunales. Si hay un terror "caliente", ése es el que se le aplicó al clero, al que rara vez se le encarcelaba. Lo normal es que se le "paseara" durante el verano de 1936, remitiendo la ira anticlerical y las matanzas a partir del otoño de ese mismo año.

De los reproches éticos y las actitudes ofensivas, elementos comunes a la cultura anticlerical de republicanos, socialistas y anarquistas desde principios del siglo XX, se pasó definitivamente a la acción. El intenso anticlericalismo del primer bienio republicano y de la primavera de 1936 nunca había ido acompañado de actos de violencia. Ni siquiera en los intentos insurreccionales anarquistas de 1932 y 1933 hubo excesos o venganzas anticlericales, aunque sí que aparecieron en Asturias en octubre de 1934. En el verano de 1936

se pasó de las palabras a los hechos porque allí donde la sublevación militar fue derrotada, el subsiguiente vacío de poder abrió un periodo de dislocación social, de absoluta liberación con los vínculos del pasado, incluidos los que marcaban la "decencia común".

Nada de extraño tiene, por consiguiente, que todas esas prácticas anticlericales fueran narradas y difundidas, en España y más allá de los Pirineos, con todo lujo de detalles, constituyendo el símbolo terrorífico por excelencia del dominio revolucionario. Para muchas personas, incluidas las incrédulas, significó una profunda conmoción en sus hábitos y en su percepción del orden social.

Pero la Iglesia católica española hizo pagar con creces toda esa ira anticlerical, bendi-

ciendo desde el principio la operación de exterminio de "malvados marxistas" y de la "canalla roja" que militares, falangistas, requetés y milicias ciudadanas pusieron en marcha desde el 18 de julio de 1936. Para la Iglesia y sus cabezas más visibles, la violencia ejercida en el territorio controlado por los militares insurgentes era justa, necesaria y obligada por el anticlericalismo que imperaba en el bando contrario. "La violencia no se hace en servicio de la anarquía, sino lícitamente en beneficio del orden, la Patria y la Religión", declaró ya a comienzos de agosto de 1936 Rigoberto Domenech, arzobispo de Zaragoza, apresurándose a justificar la matanza que se estaba llevando a cabo en esa ciudad.

La mayoría del clero no sólo silenció esa ola de terror

contra los "rojos", sino que aprobó e incluso colaboró "en cuerpo y alma" en la represión, como muestran los escasos testimonios de católicos y del propio clero que rompieron esa absoluta complicidad. En palabras de Georges Bernanos, refiriéndose a Mallorca, esos asesinatos "los aplaudían públicamente la inmensa mayoría de capellanes, religiosos y monjas de la isla". El entusiasmo era indiscutible, si creemos a Gumersindo de Estella, capellán de la cárcel provincial de Zaragoza, que no entendía cómo se podía bendecir esa masacre: "Mi actitud contrastaba vivamente con la de otros religiosos, incluso superiores míos, que se entregaban a un regocijo extraordinario y no sólo aprobaban cuanto ocurría, sino aplaudían y prorrumpían en vivas con frecuencia".

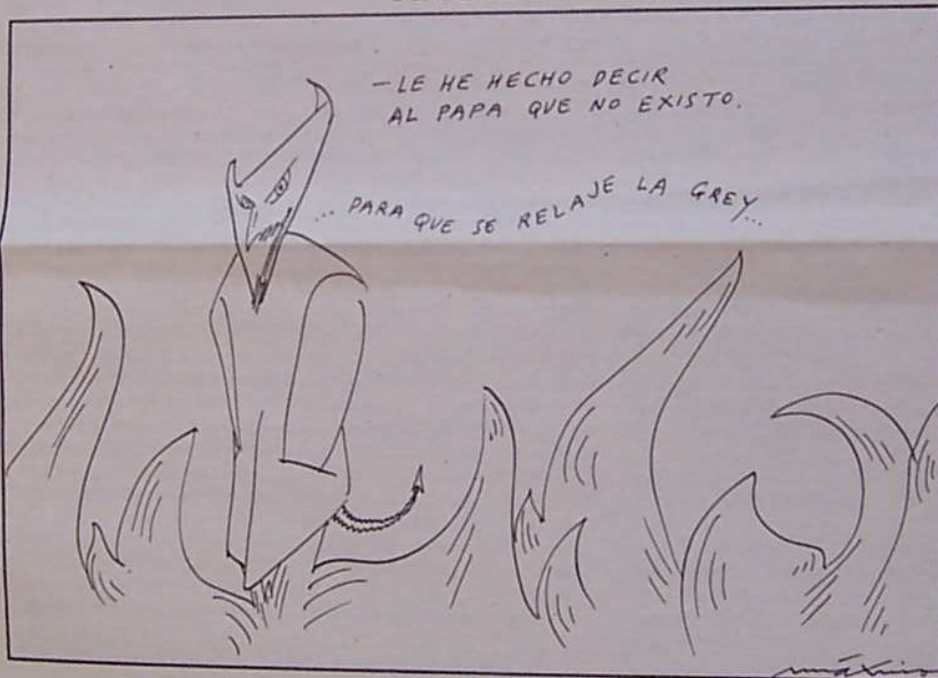
El apadrinamiento de la guerra como cruzada por parte de los obispos culminó el 1 de julio de 1937 con la carta colectiva del Episcopado español, redactada por el cardenal Gomá. En nombre de esa guerra de religión ridicularizaron el sistema parlamentario —ajeno, según ellos, a la cultura y tradición españolas—, negaron la necesidad de reformas y bendijeron a los principales artífices del terror "blanco".

Cuando apareció esa carta del Episcopado, varias decenas de miles de "rojos" habían sido "paseados" sin procesos ni garantías judiciales. Entre los asesinos había católicos piadosos, de misa diaria, que además decían en voz alta que estaban haciendo una buena obra, un servicio a España y a la civilización occidental. Con la espada y la cruz, militares y clero limpiaron España de "indeseables". El general Franco se convirtió en el enviado de Dios para dirigir esa limpieza, y así fue tratado por la Iglesia. Un retrato de Franco y un crucifijo presidían la improvisada mesa de altar que Gumersindo de Estella tenía en la sala de la cárcel de Zaragoza donde auxiliaba espiritualmente a los presos condenados a la pena capital. Y la victoria de Franco, en esa paz incivil que siguió aniquilando a miles de españoles, le aportó a la Iglesia católica importantes privilegios.

Así las cosas, es normal que la Iglesia quiera recordar y honrar a sus mártires. Siempre lo ha hecho y es muy probable que siga haciéndolo. Pero, al abrir y reabrir procesos de beatificación de víctimas de esa "Cruzada", va mucho más allá. Convierte en heroico y glorioso un pasado que nada de eso tuvo. ¿O es que acaso, como decía el arzobispo de Zaragoza, la violencia es legítima cuando se ejecuta en nombre de valores superiores como la Patria y la Religión?

Julián Casanova es historiador, coautor de *Víctimas de la guerra civil*.

MÁXIMO



CARTAS

AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas cuando lo considere oportuno. No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos. Correo electrónico: CartasDirector@elpais.es

La sequía está ahí

Comparto totalmente lo expuesto en el editorial de su periódico del sábado 4 de septiembre *La sequía está ahí*.

Yo añadiría que, a su vez, son necesarias campañas de concienciación ciudadana (colegios, lugares turísticos, usuarios en general) para aprender a utilizar el

agua racionalmente y no malgastarla.

También sería bueno que las autoridades correspondientes extremaran el celo para evitar pérdidas innecesarias. Por ejemplo, en Madrid es muy corriente ver bocas de riego mal cerradas o fuentes con goteo constante que, a lo largo de muchas horas, suponen pérdidas considerables. Y recordemos desafortunados accidentes como el de este verano en el paseo de la Castellana. ¿Es que no hay planos de conducciones?

Creo que el tema es lo suficientemente importante como para que cada uno aporte su gotita de agua. — Daniel González Velayos, Madrid.

El factor "monetario"

La sociedad del bienestar está inexorablemente determinada por el factor "monetario". Dias atrás, EL PAÍS publicó la noticia de que una empresa norteamericana había ofertado la compra de la legendaria industria Vespa. El diario, no obstante, admitía

que el pueblo italiano había reaccionado patrióticamente hostil ante esta oferta, considerando que la venta de Vespa sería un ultraje a la creatividad y la originalidad de la industria italiana... ¿Piensan lo mismo los propietarios de la casa Vespa? — José Pau Andersen, Madrid.

Moritas y Conchitas

Me gustaría felicitar a Juan Goytisolo por su artículo *Españolas en París, moritas en Madrid*, que publicó EL PAÍS el 2 de septiembre. Aposentados ya entre los privilegiados que pueden mirar por encima del hombro, los españoles hemos desarrollado una capacidad asombrosa para evitar acordarnos de la época, no muy lejana, en la que España iba *no tan bien*.

Hace cinco años residí durante un curso en París, en casa de una familia francesa que acostumbraba a referirse a las empleadas de hogar en general como "la Conchita" (o, para ser exactos, "la Conchitita"). Asimismo, una

amiga española de aquel año —profesora de literatura, culta y formada como el que más— me contaba una anécdota reveladora: buscando en París un lugar para instalarse, se había dirigido al portero de un inmueble, interesada por la disponibilidad de algún apartamento. Aquel buen hombre (y estoy hablando del año 1994), le respondió directamente que no se molestara: en aquel edificio nadie necesitaba "bonne" (traducible por "chacha").

Está muy bien congratularse de que las cosas hayan cambiado, pero volver la vista atrás de vez en cuando debería ayudarnos a tener presente de dónde venimos y a bajarnos los humos con respecto a quienes no gozan de nuestra favorable situación. No olvidemos que, por muy europeos que seamos, todavía hoy, en algunos países igualmente europeos, los españoles no hemos dejado de ser "la Conchita". Gracias, Juan Goytisolo, reflexiones como la suya suponen una cura de humildad que nunca sobra. — María Pérez Maestro, Madrid.

Sáhara

El 17 de agosto, el profesor López García publicaba *Sáhara y democracia en Marruecos*, artículo en el que, a mi parecer, incurre en errores que alteran la visión del Sáhara occidental. Ya desde el título relaciona la posibilidad de una democratización de Marruecos a que se consolide la ocupación de la ex colonia española. Creo que eso excede lo mantenido por el Derecho Internacional vigente, y también las resoluciones de la ONU y la OUA.

Además, la afirmación habitual en López García de que el franquismo fomentó la aparición del Frente Polisario es insostenible si consideramos que esta organización hizo una guerra de guerrillas contra la colonia ocupante, España.

Para ésta u otras opiniones no históricas, recordemos que es cosa ya juzgada. Toda documentación y las razones con que Marruecos quiso justificar que el Sáhara le perteneciera fueron presentadas en 1975 ante el Tribunal

Pasa a la página siguiente

1936-09-30-180